

Cueva abajo y cueva arriba  
parecía el cíclope un trasgo  
buscando á Ulises, que estaba  
metido tras un guijarro.  
Andaba como unicornio  
el asta fija en los cascos,  
y si tuviera más ojos  
tuviera cuernos doblados.  
Conociendo Polifemo  
que era imposible el hallarlo,  
y que llegaba la hora  
de apacentar su ganado,  
abrió la puerta y plantóse  
en el quicio, examinando  
las cabezas que salían,  
haciendo informe del caso.  
Desolló al punto una oveja  
Ulises, y este fué el caso  
porque si el caso no fuera  
iba á riesgo de toparlo.  
La piel se vistió y la testa,  
tan listo y con tanto engaño,  
que la pasó por vellón  
y por vellón bien colmado.  
Así que fuera se vió,  
le dió una broma gritando  
al gigante, que las barbas  
se las arrancó á puñados.  
Brincaba con el enojo  
el jayán, y á pocos saltos  
exprimiendo las estrellas,  
cojió el cielo con las manos.  
Llamó á los ciclopeídos,  
que eran allí sus vasallos  
y aún sus grandes, que también  
tenía muchos estados.  
Pregúntale lo que tiene,  
y él dijo por abreviarlo:  
—aqueste palo en mi frente  
dirá lo que me ha pasado.  
—¿Quién te dió así?—Y Polifemo  
les respondió renegando  
—*Yo mismo*—Y todos dijeron  
—debiste de estar borracho  
pues así te das tú propio—

—No yo propio, mentecatos,  
sino *yo mismo*, esto es griego—  
Les respondió en castellano.  
—Todo es uno—replicaban  
los cíclopes, y era el caso  
que allí el nombre de *yo mismo*  
era griego confirmado.  
Por no andar á mojicones  
se fueron, y lo dejaron  
dado á un millón de demonios  
porque pudieran cargarlo.  
Conociendo Polifemo  
que quedaba en tal estado  
sin Galatea y sin vista,  
sin insula y sin vasallos,  
á la corte se fué adonde  
con perros, grita y muchachos,  
estas quintillas de ciego  
así cantaba llorando.

Ulises no, que el poder  
de Cupido me cegó:  
pues cuando llegué á perder  
el ojo que me quitó  
entonces lo eché de ver.  
Mas no quedó satisfecho  
el traidor de quien reniego  
ni hizo hazaña de provecho,  
que al hacer de un tuerto un ciego  
se tiene la mitad hecho.  
Galatea fué el despojo  
de mi frente, y de eso infiero  
el que le puso su antojo  
tanta higa al matadero,  
que vino á quitarme el ojo.

Aquí la Musa impaciente  
conceptos me niega avara;  
pues no los halla, al presente,  
por un ojo de la cara  
para un ojo de la frente.

